



Don Orione, en esta carta escrita con ocasión de Pascua de Resurrección, expresa toda su confianza en el Señor Resucitado que no abandona a la humanidad, y exhorta a todos a dejar atrás una vida sin Dios y a acrecentar la vida espiritual.



Buenos Aires, 19 de marzo de 1935, Fiesta de San José.

A los Religiosos y Religiosas de la Pequeña Obra;
A los queridos Amigos, Benefactores y Benefactoras;
A los alumnos y ex-alumnos nuestros;
A todos los pobres, huerfanitos, viejos, sanos y enfermos, que, en las Casas de nuestra Congregación, viven de la Divina Providencia.

Amadísimos en el Señor, ¡Pax vobis! ¡La paz esté con ustedes!

Estamos en Pascua: ¡Aleluya! – Este es el gran día hecho por el Señor; ¡exultemos! ¡Aleluya! ¡Aleluya!

Oh amados míos, ¿podrá Don Orión olvidarse de Ustedes? – vengo a desearles felices Pascuas, a ustedes y a todos aquellos que todos ustedes llevan en el corazón.

¡Estamos en Pascua! Pascua quiere decir pasaje: para nosotros cristianos Pascua es la gran fiesta de la Resurrección de Cristo, que es el milagro de los milagros; el principio de la resurrección de la humanidad de

la muerte del espíritu y de la muerte de la carne a la verdadera vida; es el sello de nuestra fe en la divinidad de Cristo.

Sobre la tumba del nombre se escribe: qui giace!; sobre la tumba de Cristo está escrito: ha resucitado, non est nic! En la tumba la potencia del hombre termina, desde el sepulcro de Cristo emana la potencia, la grandeza, ¡la gloria de Dios!..

Es Pascua: ¡Cristo ha resucitado! Cantemos hosannas a El, oh hermanos: ¡Aleluya! ¡Aleluya!..

Hermanos, ¡estamos en Pascua! Nuestro Cordero, o sea Cristo, “el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo”, ha sido ya

“En Ti y solo por Ti...”

inmolado; El se ha hecho nuestro Sacrificio, nuestra Redención, nuestro Convite. Y ya resucitado, para ser nuestro divino fermento, nuestra resurrección y nuestra vida. ¡Cristo ha resucitado, y está aún con nosotros! Nuestra esperanza, plena de inmortalidad: Cristo ha resucitado y nos precede, Rey victorioso, Rey invencible: ¡Aleluya!

¡Cristo ha resucitado! Ahora ¿qué queda para nosotros, oh hermanos, en este tiempo de los ánimos pascuales? Que con las resoluciones más santas, con las intenciones más puras, con el corazón más humilde, vamos a Jesús a la salida del sol, o sea después de habernos despojado, con una buena confesión, de la vestimenta tenebrosa de nuestros vicios. Y llevémosle a El los bálsamos y los aromas: el incienso de nuestras oraciones y nuestras virtudes.

“

“¡Oh gran Dios, Padre de bondad, de misericordia y de paz bendice a mis amadísimos Religiosos y a las Religiosas; bendice a mis hijos lejanos, Alumnos y ex Alumnos: bendice a mis patronos predilectos, o sea, a mis Pobres, reunidos bajo las alas de tu Providencia!..

¡Oh Señor, en este Año del gran Perdón, perdóname, miserable pecador, mis grandes pecados, por tu infinita misericordia, como, en virtud de tu infinita gracia, yo perdono de corazón a todos. Te ruego abundantes gracias para mis Religiosos, Alumnos y Benefactores, y humildemente te invoco y suplico por todos: en Ti y sólo por Ti quiero amar, servir y hacer el bien a todos! “

”

¡Cristo ha resucitado! –¡Hermanos resurjamos con El! ¡Amplíemos nuestros horizontes, elevemos nuestro espíritu a todo aquello que es alta vida, que es luz, que es hermoso, buenos, verdadero, santo! ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!

¡Cristo ha resucitado! Vayamos a El: El solo tiene las palabras de vida eterna que regeneran, y esa ley de amor y de libertad de la cual cada hombre, cada pueblo puede esperar incremento y salvación.

¡Cristo ha resucitado! –Resurjamos, oh hermanos, resurjamos! He visto a pecadores levantarse, después de una santa confesión, con el rostro radiante de una paz celeste, retomar luego con ánimo sereno los caminos del honesto vivir cristiano, y apurarse por readquirir el tiempo perdido.

He asistido al Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires: ¡un espectáculo inefable! ¡He visto que es, que grande es la misericordia de Dios: más grande que los cielos!

¡He visto a decenas de millares de operarios, de robustos trabajadores, de jóvenes, florecientes de vida: médicos, abogados, oficiales, profesores universitarios, diputados, ministros, mezclados en columnas, confesarse en las plazas, a lo largo de las calles, sobre las avenidas de esta gran capital! Más de 200.000 hombres, como una enorme e interminable multitud, avanzar compactos, rezando, cantando y postrarse a los pies de Cristo, adorar a Cristo, recibir a Cristo, en la gran Plaza de Mayo, delante del palacio de gobierno de esta noble República Argentina.

“En Ti y solo por Ti...”

En esa plaza los he visto fraternizar, ¡abrazarse en Cristo, jurar su fe, su amor a la Patria, llorar de amor! ¡Espectáculo único en el mundo! ¿Qué sentían ellos? ¡A Cristo! ¿Quién estaba? Cristo estaba, oh hermanos; Cristo Nuestro Señor, que resucitaba en aquellos corazones; era Jesús, era el Señor, que pasaba sobre esta metrópoli y descendía entre su pueblo. Por eso es que el Eminentísimo Cardenal Pacelli, el Legado Papal, exclamaba: –¡pero esto es el Paraíso!

Hermanos, los pueblos están cansados, están desilusionados, sienten que la vida sin Dios es vana, es vacía. ¿Estamos nosotros en el alba de un gran renacimiento cristiano?

Cristo tiene piedad de las turbas: Cristo desea resurgir, desea retomar su lugar: Cristo avanza: ¡el futuro es de Cristo! Si desde el pedestal podemos argüir las dimensiones del monumento, para Aquel que ha tenido por lo menos 60 siglos de preparación, ¿qué son 20 siglos de vida?

¡Cristo ha resucitado! –Veo a Jesús que vuelve: ¡no es un fantasma, no! Es El, el Maestro, es Jesús que camina sobre las aguas cenagosas de este mundo tan turbio, tan tempestuoso.

¡El futuro es de Cristo! Avanza, avanza oh divino Resucitado! La barca de este pobre mundo hace agua por todas partes: sin ti se hunde; ¡ven, oh Señor ven! Resucita en todos los corazones, en todas las familias, sobre todas las plagas de la tierra, ¡oh Cristo Jesús, resucita y resucita!

Escucha el grito angustioso de las turbas que Te anhelan: mira a los pueblos que vienen a ti, oh Señor. Te pertenecen, son tu conquista, ¡oh Jesús, mi Dios y mi Amor!

¡Extiende, oh Iglesia del Dios viviente, tus grandes brazos y envuelve en tu luz salvadora a las gentes. Oh Iglesia verdaderamente católica, Santa Madre Iglesia de Roma, única verdadera Iglesia de Cristo, nacida no para dividir, sino para unificar en Cristo y dar paz a los hombres! ¡Mil veces te bendigo y mil veces te amo! ¡Bebe mi amor y mi vida, oh Madre de mi fe y de mi alma! ¡Oh como quisiera hacer un bálsamo de las lágrimas de mi sangre y de mi amor para confortar tus dolores y para derramarlo sobre las llagas de mis hermanos!..

¡Ah! la prédica se hace larga. Discúlpeme... Entonces, terminaré. ¿Cómo quieres que concluya?

Estamos en Pascua, y estamos al final del Año Santo: concluiré con una gran bendición. Augurios pascuales y bendición, fundiré todo junto, así seré breve.

Los viejos Patriarcas extendían la delgada y temblorosa mano derecha para invocar sobre la cabeza de sus hijos sus más santas bendiciones. También nosotros los sacerdotes poseemos el augusto derecho, participes de una más alta y más espiritual paternidad, de elevar la mano para bendecir.

“En Ti y solo por Ti...”

Les hago entonces, oh dilectísimos míos, los más fervientes Augurios de feliz Pascua y bendigo a todos y cada uno en el nombre santo del Señor.

¡Oh gran Dios, Padre de bondad, de misericordia y de paz bendice a mis amadísimos Religiosos y a las Religiosas; bendice a mis hijos lejanos, Alumnos y ex Alumnos: bendice a mis patronos predilectos, o sea, a mis Pobres, reunidos bajo las alas de tu Providencia!

Bendice ampliamente, oh Señor, a nuestros colaboradores, a los Amigos, Benefactores, a las óptimas Celadoras y Madres de nuestros amados huérfanos y huerfanitas y de nuestros internados de todo tipo. Que descienda amplia Tu santa bendición sobre todos aquellos que nos han hecho bien, sobre ellos y sobre sus seres queridos, –y bendice a aquellos que nos hicieron mal.

Oh Señor, en este Año del gran Perdón, perdóname, miserable pecador, mis grandes pecados, por tu infinita misericordia, como, en virtud de tu infinita gracia, yo perdono de corazón a todos. Te ruego abundantes gracias para mis Religiosos, Alumnos y Benefactores, y humildemente te invoco y suplico por todos: en Ti y sólo por Ti quiero amar, servir y hacer el bien a todos.

Ahora en Italia toda la naturaleza renace: vientos tibios y rayos de sol vivificante despiertan en todas partes a la vida durmiente. Oh Señor, haz que, al concluir el Año Santo, despertemos también nosotros a una vida cristiana.

Oh Hermanos míos, tan queridos y tan amados, me parece sentir ya las campanas de mi Patria lejana, resonantes a gloria por las ciudades y por las aldeas: ese himno de ellas despierta en mí los más santos recuerdos: ¡ellas cantan la Resurrección de Cristo y me hacen llorar de fe, de alegría, de amor a Dios, de amor a ustedes, de amor a nuestra Italia. Ah! “la sangre no es agua”, dijo un gran Arzobispo émulo de San Carlos.

Hermanos, que este eco de alegría no sea, para mí y para ustedes, un simple recuerdo que veinte siglos atrás resurgía a una vida nueva Jesús, ¡sino haga resurgir para siempre a nuestra alma a la más alta vida espiritual!

Coraje, Hermanos míos: sursum corda! sursum corda! ¡y adelante, siempre adelante en el bien! Christus heri, nodie et in saecula!

“

“Cristo tiene piedad de las turbas: Cristo desea resurgir, desea retomar su lugar: Cristo avanza: ¡el futuro es de Cristo!..

¡El futuro es de Cristo! Avanza, avanza oh divino Resucitado! La barca de este pobre mundo hace agua por todas partes: sin ti se hunde; ¡ven, oh Señor ven! Resucita en todos los corazones, en todas las familias, sobre todas las plagas de la tierra, ¡oh Cristo Jesús, resucita y resucita! Escucha el grito angustioso de las turbas que Te anhelan: mira a los pueblos que vienen a ti, oh Señor. Te pertenecen, son tu conquista, ¡oh Jesús, mi Dios y mi Amor!”

”

“En Ti y solo por Ti...”

¡Feliz Pascua! ¡Feliz Pascua para todos!
¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!

¡Y que la bendición de este pobre cura,
de este amigo y padre de ustedes, sea
auspicio de esa bendición grande que
Dios Misericordioso querrá concederme
en el día infinito del Santo Paraíso!

¡Cristo ha resucitado! ¡Aleluya! ¡Aleluya!
¡Aleluya! ¡Feliz Pascua a todos y a cada
uno! ¡Y rueguen por mí siempre!

En Jesús en la Santa Virgen, soy
vuestro.

Don Orione de la Divina Providencia

